

Salvador

JOHN LYONS
Profesor de Lingüística
Universidad de Sussex

INTRODUCCIÓN
AL LENGUAJE
Y A LA LINGÜÍSTICA

Versión española

RAMÓN CERDÁ
Catedrático de Lengua Española
Universidad de Barcelona



EDITORIAL TEIDE - BARCELONA

te a 'literario') carecen casi de sentido. Lo mismo sucede con la distinción entre diferencias de medio y diferencias de dialecto ('estándar' frente a 'no estándar', etc.). El postulado teórico del isomorfismo entre lengua escrita y hablada forma parte de lo que más abajo denominamos la ficción de la homogeneidad (cf. I.6).

1.5 El punto de vista semiótico

Es corriente que la semiótica reciba una diversidad de definiciones: como ciencia de los signos, del comportamiento simbólico o de los sistemas de comunicación. En su propio campo ha habido grandes polémicas sobre la diferencia entre signos, símbolos y señales, y aun sobre la amplitud del término 'comunicación'. Para nuestro inmediato propósito, atribuiremos a la semiótica el estudio de los sistemas de comunicación, y daremos a 'comunicación' un sentido más bien extenso que no implique forzosamente la intención de informar. Sólo así puede hablarse de comunicación animal sin levantar cuestiones filosóficas controvertidas.

Hay conceptos que son pertinentes para la investigación de todos los sistemas comunicativos, humanos y no humanos, naturales y artificiales. Se transmite una señal de un emisor a un receptor (o grupo de receptores) por un canal de comunicación. La señal tendrá una determinada forma y transmitirá un cierto significado (o mensaje). La conexión entre la forma y el significado de una señal viene determinada por lo que (en un sentido más bien general del término) suele denominarse en semiótica el código: el mensaje es codificado por el emisor y descodificado por el receptor.

Desde este punto de vista, las lenguas naturales son códigos y admiten, por tanto, una comparación con otros códigos en todos los aspectos posibles: en cuanto al canal por el que se transmiten las señales, por la forma, o estructura, de las señales, por el tipo o gama de mensajes codificables, y así sucesivamente. La dificultad radica en determinar qué propiedades de los códigos, o de los sistemas comunicativos en que éstos operan, son importantes para establecer la comparación y qué otras son insignificantes o menos importantes. El problema se agrava porque muchas de las propiedades que cabría considerar decisivas son graduales, por lo que parece preferible comparar códigos por el grado en que se presenta o actúa una determinada propiedad que no a base tan sólo de si tal o cual propiedad se halla o no presente. A veces se han hecho comparaciones más bien absurdas, entre las lenguas y los sistemas de comunicación de determinadas especies de pájaros y otros animales por elegir una propiedades en vez de otras y no prestar atención a su graduabilidad.

Con respecto al canal de comunicación, poco hay que decir, salvo que, contra lo que ocurre con los códigos utilizados por muchos animales, si no

por todos, la lengua tiene la propiedad, en muy alto grado, de la transferibilidad de medio. Ya hemos tratado este asunto en el apartado anterior. Las nociones de medio y canal se hallan, desde luego, intrínsecamente conectadas entre sí, pues las propiedades del medio derivan de las que tiene normalmente el canal de transmisión. Es importante, a pesar de todo, distinguir ambas nociones con referencia a la lengua, ya que tanto la lengua escrita como la hablada pueden transmitirse a través de una gran variedad de canales. Así, cuando empleamos el término 'medio', en vez de 'canal', no nos referimos a la transmisión real de señales en un momento dado, sino a las diferencias funcionales y estructurales sistemáticas entre lo típico de la escritura y lo típico del habla oral. Por muy paradójico que parezca a primera vista, el español escrito puede transmitirse por un canal vocal-auditivo (es decir por medio del habla) y, a su vez, el español hablado puede también transmitirse por vía escrita (si bien no muy satisfactoriamente, con la ortografía al uso).

Tal vez la característica más destacada de la lengua en comparación con otros códigos o sistemas comunicativos sea su flexibilidad y versatilidad. Podemos utilizar la lengua para desahogar nuestras emociones y sentimientos, para pedir ayuda a los compañeros, para amenazar y prometer, para dar órdenes, formular preguntas o emitir opiniones. Podemos referirnos al pasado, al presente o al futuro, a cosas muy remotas del lugar de la enunciación e incluso a cosas que pueden no existir o que no pueden existir. Ningún otro sistema de comunicación, humano o no, parece contar con un grado comparable de flexibilidad y versatilidad. Entre las propiedades más específicas que contribuyen a dar flexibilidad y versatilidad a la lengua (esto es, a todos y a cada uno de los sistemas lingüísticos), a menudo se reservan cuatro para una mención detallada: la arbitrariedad, la dualidad, la discreción y la pro ductividad.

(i) Aquí, el término 'arbitrario' se utiliza, en un sentido un tanto especial, para significar que algo resulta «inexplicable con relación a algún principio más general». El caso más evidente de arbitrariedad en la lengua —y uno de los más socorridos, por cierto— se refiere al vínculo que hay entre forma y significado, entre la señal y el mensaje. En todas las lenguas existen casos esporádicos de lo que por tradición se denomina onomatopeya: v. gr., la conexión no arbitraria que hay entre la forma y el significado de palabras onomatopéyicas como 'bisbeo', 'tartaja', 'murmuración', en español. Pero la inmensa mayoría de palabras en todas las lenguas no son onomatopéyicas, por lo que la conexión entre su forma y su significado es arbitraria, ya que, una vez dada la forma, es imposible predecir el significado y, viceversa, una vez dado el significado, es imposible predecir la forma.

Es evidente que la arbitrariedad, en este sentido, aumenta la flexibilidad y la versatilidad del sistema comunicativo habida cuenta que la extensión del vocabulario no se ve constreñida por la necesidad de emparejar forma y significado a partir de algún principio más general. Por otra parte, el hecho

de que el vínculo entre forma y significado en el plano de las unidades de vocabulario del sistema lingüístico sea, por lo común, arbitrario da lugar a que la memoria deba soportar una considerable carga en el proceso de la adquisición lingüística. La asociación de una forma y un significado dados debe aprenderse independientemente para cada unidad de vocabulario. Desde un punto de vista semiótico, entonces, este tipo de arbitrariedad presenta tanto ventajas como inconvenientes, pues mientras hace más flexible y adaptable el sistema, también lo hace más difícil y laborioso de aprender. Ocurriría asimismo que la arbitrariedad en un sistema semiótico hace las señales más difíciles de interpretar a quien las intercepta sin conocer el sistema. También esto ofrece ventajas e inconvenientes para los usuarios normales del sistema. Presumiblemente, las ventajas habrán superado a los inconvenientes en el desarrollo de la lengua. En cambio, en la mayoría de sistemas comunicativos de animales hay un vínculo no arbitrario entre la forma de una señal y sus significado.

La arbitrariedad no se limita, en la lengua, a la asociación entre forma y significado. También se presenta, y en un grado considerable, en gran parte de la estructura gramatical, en cuanto a que las lenguas difieren gramaticalmente entre sí. De otro modo, sería mucho más fácil de lo que es aprender lenguas extranjeras.

Más controvertida es aún la tesis de Chomsky de que buena parte de lo que es común a la estructura gramatical de todas las lenguas humanas, incluso un tipo muy específico de dependencia estructural, es también arbitrario, en el sentido de que no puede explicarse ni predecirse a partir de las funciones de la lengua, las condiciones ambientales en que se adquiere y usa, la naturaleza de los procesos cognoscitivos humanos en general o cualquier otro factor semejante. A juicio de Chomsky, los seres humanos poseen genéticamente el conocimiento de los principios generales supuestamente arbitrarios que determinan la estructura gramatical de todas las lenguas. Lo único que cabe añadir aquí a esta hipótesis es que no todos los lingüistas aceptan que tales principios generales, en tanto que puedan establecerse, sean arbitrarios en el sentido propuesto, y que muchas de las investigaciones actuales en lingüística teórica se dedican a probar que no lo son. Volvemos a este asunto en el capítulo 8.

(ii) Por dualidad se entiende la propiedad de tener dos niveles de estructura tales que las unidades del nivel primario se componen de elementos del nivel secundario, y que cada uno de dichos niveles tiene sus propios principios organizativos. Nótese que he introducido una distinción terminológica entre 'elemento' y 'unidad' no demasiado habitual en la lingüística. No obstante, como es útil para la exposición, la mantendré en adelante a lo largo del libro.

De momento, podemos considerar que los elementos de la lengua hablan de sonidos (más exactamente, como se precisará en el capítulo 3, fonemas). Los sonidos no tienen significado por sí mismos. Su única función con-

siste en combinarse entre sí para configurar unidades que si tienen, en general, un cierto significado. La razón por la cual los elementos se describen como secundarios y las unidades como primarias estriba precisamente en que aquéllos, siendo más pequeños y de un nivel inferior, carecen de significado, mientras que éstas, mayores y de un nivel superior, suelen tener un distinto e identificable. Todos los sistemas de comunicación contienen dichas unidades primarias, pero ellas no se componen necesariamente de elementos. Sólo cuando un sistema presenta al mismo tiempo unidades y elementos tiene, a su vez, la propiedad de la dualidad. La mayoría de sistemas comunicativos en animales no la tienen, al parecer; y los que sí la tienen no utilizan las unidades para combinarse entre sí tal como hacen las palabras para formar frases y oraciones en todas las lenguas humanas.

La ventaja de la dualidad es evidente: pueden formarse grandes cantidades de unidades distintas a partir de un número reducido de elementos—muchos miles de palabras, por ejemplo, a base de veinticinco o cuarenta elementos—. Y si estas unidades primarias pueden combinarse sistemáticamente del modo que sea, el número de señales distintas transmitibles—y, en consecuencia, el número de mensajes distintos— aumenta enormemente. Como veremos en seguida, no hay límite para el número de señales lingüísticas distintas que cabe componer en una lengua dada.

(iii) La discreción se opone a la continuidad o variación continua. En el caso de la lengua, constituye una propiedad de los elementos secundarios. Para ilustrarlo rápidamente, digamos que 'cal' y 'col' difieren en forma, tanto en la lengua escrita como hablada. No hay, por lo demás, dificultad en producir un sonido vocálico que se encuentre a mitad de camino de las vocales que normalmente aparecen en la pronunciación de estas dos palabras [esto es, un sonido intermedio entre a y o]. Ahora bien, si en el mismo contexto sustituimos las vocales de 'cal' y 'col' por este sonido vocálico intermedio, no por ello habremos pronunciado una tercera palabra distinta de aquellas dos o que reúna las cualidades de ambas. En rigor, habremos pronunciado algo que no puede reconocerse en absoluto como una palabra o bien cabe entender, a lo sumo, como una mala pronunciación de cualquiera de aquellas otras dos. La identidad de la forma en la lengua es, en general, un asunto de todo o nada, no de más o menos.

Aunque la discreción no depende lógicamente de la arbitrariedad, actúa conjuntamente con ella para aumentar la flexibilidad y la versatilidad de los sistemas lingüísticos. Por ejemplo, sería posible, en principio, que dos palabras mínimas, pero discretamente, distintas en la forma fuesen asimismo muy similares en significado. Por lo general, esto no sucede: 'cal' y 'col' no se parecen más en significado que otros pares de palabras tomados al azar del vocabulario del español. El hecho de que las palabras con diferencias mínimas de forma suelen distinguirse considerablemente, y no también mínimamente, en el significado viene a intensificar la discreción de la diferencia formal recíproca, pues en la mayoría de contextos la aparición de una de

ellas será muchísimo más probable que la aparición de la otra, lo que disminuye la posibilidad de que haya una mala comprensión en condiciones deficientes de transmisión de señal. En los sistemas de comunicación de animales la ausencia de discreción (esto es, la variación continua) suele relacionarse con la no arbitrariedad.

(iv) La productividad de un sistema comunicativo es la propiedad que posibilita la construcción e interpretación de nuevas señales, es decir de señales con las cuales no ha habido un contacto previo y que no se encuentran en ninguna lista —por muy larga que sea— de señales prefabricadas a la que tenga acceso el usuario. La mayoría de sistemas comunicativos en animales parecen muy restringidos en cuanto al número de señales diferentes que sus usuarios pueden emitir y recibir. Por otro lado, todos los sistemas comunicativos permiten construir y comprender un número indefinidamente grande de enunciados inéditos, esto es no oídos ni leídos con anterioridad.

En la más reciente bibliografía lingüística, y en especial la de Chomsky, la importancia de la productividad ha cobrado un gran interés, sobre todo con relación al problema de describir la adquisición lingüística en los niños. El hecho de que los niños, a una edad muy temprana, sean capaces de producir enunciados que nunca han oído antes es prueba de que la lengua no se aprende tan sólo por imitación y memorización.

Hay que hacer hincapié, a propósito de la productividad, en que no es tanto la capacidad de construir enunciados inéditos lo que reviste una importancia crucial en la evaluación de los sistemas lingüísticos. Por ejemplo, decir que el sistema comunicativo que emplea la abeja de miel al indicar la situación de una fuente de néctar tiene la propiedad de la productividad es bien erróneo si con ello se quiere dar a entender que el sistema resulta, a este respecto, igual que las lenguas humanas. La abeja produce una cantidad indefinidamente grande de señales (que varían con respecto a las vibraciones de su cuerpo y al ángulo que adopta en relación con el sol). Pero, en rigor, hay una variación continua en las señales, un vínculo no arbitrario entre la señal y el mensaje, y el sistema no puede ser utilizado por la abeja para transmitir información sobre algo que no sea la distancia y la dirección de la fuente de néctar.

Lo más notable de la productividad de las lenguas naturales, por cuanto se manifiesta en su estructura gramatical, es la extrema complejidad y heterogeneidad de los principios que la constituyen y aseguran su funcionamiento. Ahora bien, como Chomsky, más que nadie, ha subrayado, esta complejidad y heterogeneidad no carece de restricciones, sino que, por el contrario, está regulada. Dentro de los límites establecidos por la gramática, que quizá son en parte universales y en parte propios de cada lengua, los hablantes nativos de una lengua tienen plena libertad para actuar creati-

vamente —lo que Chomsky considera un rasgo distintivo del hombre— en la construcción de enunciados indefinidamente numerosos. Esta noción de creatividad regulada se halla en estrecha conexión con la de productividad (cf. 7.4) y ha desempeñado un papel de la mayor importancia en el desarrollo del generativismo.

Las cuatro propiedades generales que acabamos de enumerar y describir brevemente —arbitrariedad, dualidad, discreción y productividad— se relacionan entre sí de diversas maneras. No sólo se encuentran, por lo que sabemos, en todas las lenguas, sino que también actúan en grado sumo. Si se encuentran o no en cualquier otro sistema comunicativo es asunto discutible. Claro que, de ser así, no parecen tener la misma eficiencia ni cooperar del mismo modo.

Merece la pena notar también que estas cuatro propiedades, totalmente independientes tanto del canal como del medio, son, sin embargo, menos características en la parte no verbal de las señales lingüísticas. En efecto, los enunciados no se componen tan sólo de secuencias de palabras. Superpuestos a la cadena de palabras (es decir a la parte verbal), en toda enunciación hablada habrá dos tipos más o menos distinguibles de fenómenos fonéticos: los prosódicos y los paralingüísticos. Los rasgos prosódicos, comprenden, por ejemplo, el acento y la entonación; y los paralingüísticos, fenómenos tales como el ritmo, la intensidad, etc. También aparecerán, junto con la enunciación hablada, otra serie de fenómenos no fonéticos (movimientos de ojos, inclinaciones de cabeza, expresiones faciales, ademanes, posturas corporales, etc.) que determinan ulteriormente la estructura o el significado del enunciado resultante y que pueden también considerarse paralingüísticos. El lingüista sólo se ocupa habitualmente de los fenómenos prosódicos, además de los rasgos verbales, pues los considera un producto del propio sistema lingüístico. Tanto los fenómenos prosódicos como los paralingüísticos, sin embargo, forman parte integral de todo comportamiento lingüístico en el medio hablado. Y en tanto que carecen de las cuatro propiedades generales de la arbitrariedad, dualidad, discreción y productividad —o al menos no las manifiestan en el mismo grado que la parte verbal de la lengua— dichos rasgos guardan más semejanza con los de diversos tipos de comunicación animal.

La lengua, ¿es, entonces, privativa del hombre? La respuesta a esta pregunta, lo mismo que la respuesta a si «el hombre es especial entre los animales», depende muchísimo de las propiedades que se quieran tener en cuenta y considerar cruciales para definir la lengua. Es tan legítimo acentuar las notables diferencias cualitativas y cuantitativas que separan lo lingüístico de lo no lingüístico que destacar sus similitudes, no menos notables por cierto. El lingüista, el psicólogo y el filósofo acaso tiendan a enfatizar las primeras; por su parte, el etólogo, el zoólogo y el semiotista probablemente subrayarán las segundas.